



VII

La cabalgada de la muerte.

Dejamos á Enrique de Lagardère ante las ruinas de la *Torre Maldita* en compañía de la gitana, á la cual había prometido no abandonar, y cuya suerte, ya ligada á la suya por tal promesa, había de ligarse más y más estrechamente por el agradecimiento.

Cuando vió huir á Peyrolles pensó que quizás no era él el único vivo en aquellas ruinas; y con el corazón oprimido, angustiado, pero conservando un resto de esperanza, penetró en el patio, y lo primero que distinguieron sus ojos fué un cadáver.

Mariquita le seguía paso á paso; pero parecía mirar al horizonte vagamente, sin preocuparse de lo que ocurría en derredor de ambos. No obstante, de pronto lanzó un grito desgarrador, un gemido de agonía, y se abalanzó sobre el cadáver, cubriendo de amantes besos su sem-

blante ya helado, é intentó levantar la noble cabeza llena de cabellos blancos; pero hubiera tenido que levantar todo el rígido cuerpo.

Contraído su rostro con expresión de terror y de angustia, vertiendo abundantes lágrimas y bajo la influencia de su inmenso dolor, parecía haber recobrado la razón.

—¡Padre, padre mío, padre de mi alma! ¡Respondel—gemía.—¡Despierta! ¡He vuelto, y no me separaré de tu lado! ¡Alegraré tu soledad, cuidaré de tu vejez, cerraré tus ojos cuando llegue tu última hora! ¡Despierta, despierta! ¡Padre, cesa ya de aparentar que duermes! ¡Ese juego me hace padecer horriblemente, padre!

Lagardère, conmovidísimo por el emocionante espectáculo de aquella pobre demente empeñada en despertar al difunto á quien llamaba su padre, se acercó. Recordó que le había hablado del anciano y del cariño que le profesaba; se inclinó, y miró la faz del cadáver, que le era totalmente desconocido.

Dè pronto Mariquita reparó que en el colete de su padre había una mancha roja, frente al corazón, y exhaló un grito ronco y destemplado. Se levantó con la vista extraviada, temblando convulsivamente, y agarrando al caballero por un brazo, exclamó:

—¡Es mi padre! ¡El buitre le ha matado por-

que se propuso salvar á tu novia y devolvértela! ¡Júrame sobre su cadáver que nos vengaremos!

Y sollozando, desfallecida, aniquilada, cayó en los brazos de Enrique, que la depositó suavemente en tierra. Con piedras y maderas de las ruinas formó en derredor del cadáver del Duque una especie de túmulo á fin de preservarle del pico de las aves de rapiña y de los dientes de los lobos, le cubrió, plantó sobre aquella rústica tumba unas ramas en cruz, y se volvió hacia la gitana, que en aquel instante, recobraba el sentido. El caballero se arrodilló y oró por el noble español víctima de sus enemigos, desconocido auxiliar que inmoló su vida por defender á su amada.

Ignoraba los pormenores de la tragedia; pero comprendía que Mariquita lo había preparado todo de acuerdo con el anciano y con Aurora, y que Peyrolles había trocado en obra de muerte lo que estaba destinado á ser obra de vida. Sentía profundo agradecimiento por aquella muchacha que le había sacrificado la vida de su padre y su propia razón, aun cuando su plan hubiera fracasado.

Se volvió para contemplarla y vió que le miraba de hito en hito, con los ojos muy abiertos: su semblante había perdido aquella expresión de extravío, y sólo respiraba tristeza y dulzura.

Lentamente se levantó y fué á arrodillarse al lado de Enrique, y ambos mezclaron sus plegarias ante los restos de aquella nueva víctima del infame Peyrolles.

El caballero esperó que podría darle noticias valiosas; pero aquel breve relámpago de razón se extinguió rápidamente, y á todas las preguntas de Lagardère respondía invariablemente Mariquita:

—¡Muertos, muertas; todos muertos!

Y aquel estribillo fúnebre de la loca hacía llorar lágrimas de sangre á Enrique. No obstante, quiso inspeccionar las ruinas: buscó, registró más de una hora, y no pudo descubrir huella alguna de las jóvenes.

—Vámonos—dijo cogiendo por la mano á la bohemia.—Si Dios quiere, volveremos un día para encontrar los restos de las que ya no existen y darles cristiana sepultura.

Y echaron á andar á pie por la carretera, con el corazón despedazado y sin saber ya ni uno ni otro qué objeto tenía su pobre vida aniquilada. Y como la muerte, ardientemente deseada por Lagardère, lo mismo podía hallarse en un lugar que en otro, tomaron hacia Cataluña, sin prisa y sin ansiedades, sostenido el caballero solamente por la esperanza de matar á Gonzaga antes de que la muerte cortara con sus implacables tijeras el hilo de sus desdichados días.

Hasta entonces había sufrido y luchado por dos cosas: la felicidad y la venganza. Aurora de Nevers no existía ya, y, por lo tanto, la dicha era imposible para él. Quedábale la venganza. Una vez realizada, ¿qué haría en el mundo? ¡Cuánto no hubiera dado por encontrarse frente á frente de Felipe de Mantua para empeñar inmediatamente con él la lucha decisiva, suprema!

Á medida que avanzaban encontraban la región llena de tropas; pero como le veían andar á pie, con la cabeza inclinada sobre el pecho y acompañado de aquella jovencita loca, los soldados españoles, que no le conocían, dejábanle pasar. De vez en cuando él los interrogaba demandándoles noticias de Felipe de Gonzaga, el amigo del Cardenal Alberoni, y algunas patrullas supieron darle razón de él; pero indicándole tres puntos distintos: Lérida, Balaguer, Cardona.

Le buscó por los tres lugares; pero no le halló: hubiera deseado matarle ruidosamente, en presencia del Estado Mayor español. Se proporcionó caballos para ir más deprisa. Contemplábanlos con extrañeza pasar, él mudo y sombrío, ella lanzando gritos de loca ó maldiciones, ó bien llorando á lágrima viva. Sin saber cómo, pasaron las avanzadas españolas y se encontraron en las filas francesas.

La vista del uniforme de los mosqueteros gri-

ses hizo brillar sus miradas, acordándose del *Real-Lagardère*.

— ¡Pobre Chaverny! — pensó — ¡Qué golpe cuando le revele su desgracia! Doña Cruz se consagró á Aurora; el Marqués á mí. Nuestras dos amadas han muerto, y yo estoy harto de vivir. Nos teníamos asidos de las manos los cuatro. ¿Qué hará?

También pensó en Cocardasse y en Passepoil, sus dos fieles y leales auxiliares, que ignoraban lo ocurrido; y en el noble vasco, tan desinteresado y afectuoso, que le había seguido por propia voluntad para vencer ó morir con él. Luego, mirando á la pobre loca que caminaba á su lado y que le había inmolado su razón y la vida de su anciano padre, padeció atrozmente al considerar que su implacable destino había hecho que todos cuantos le eran queridos sufriesen por él.

— ¿Y para qué? — se decía. — El Marqués no podrá nunca llorar ante el cadáver de la que amó; los dos diestros no recibirán de mi mano la recompensa de su adhesión; Laho no volverá á ver ni su país ni á su hermana, que le espera; y Mariquita ha perdido el juicio. ¡Triste sino!

Y Lagardère lloró, no por él, sino por los otros.

Se hizo á un lado para dejar paso á un regimiento de caballería ligera, que era precisamente el de M. Riom. Súbitamente surgió una exclama-

ción de las filas, y el Coronel corrió hacia el caballero y le abrazó con entusiasmo.

— ¡Monsieur de Lagardère! — exclamó. — ¡Monsieur de Lagardère vivo! ¡Á ver! ¡Qué vayan á noticiar la grata nueva al señor Duque y al señor príncipe de Conti! ¡Qué toquen las trompetas! ¡Hoy es día de gran gala, señores, en el real!

El valiente Riom estallaba de júbilo, y todos los oficiales compartían su alegría. Lagardère estaba profundamente conmovido; pero su semblante reflejaba invencible tristeza,

— ¿Dónde está Chaverny? — preguntó de pronto.

— En busca vuestra por todo Cataluña y el Alto Aragón.

— ¿Y los otros?

— Cocardasse y Passepoil, por el Bajo Aragón: hace dos días volvieron, y no hallándoos de regreso, se han ido á buscaros de nuevo por otra parte. No os ocultaré su inquietud y la nuestra. ¡Ya era tiempo de que regresaseis! ¿Supongo que no estaréis herido?

— Mi cuerpo está ileso — repuso Lagardère con melancólica sonrisa.

— ¡Gracias sean dadas al Dios de los ejércitos!

— ¿Y Antonio Laho?

— Ése fué á Burgos, y no sabemos nada de él.

— Lagardère, sin decir palabra, se descubrió y

santiguóse. M. de Riom y sus oficiales le imitaron. Era la oración fúnebre por el vasco. El silencio se prolongaba. El Coronel le rompió diciendo:

—Con motivo de vuestra ausencia se disolvió el *Real-Lagardère*, y el señor Duque lo lamentaba infinito, pues no quería ir á Madrid sin que tomara parte en el paseo.

—Es mucho honor para mí. Pues bien; el *Real-Lagardère* vuelve á constituirse: sólo habrá cambiado su efectivo.

—Es verdad; estáis solo—dijo tristemente de Riom.

—No, caballero; somos dos.

—¿Quién es el otro?

Lagardère señaló á Mariquita, que tan pronto reía como cantaba, mirando con asombro á todos aquellos hombres, aunque sin fijarse en ninguno. Su magnífica cabellera negra flotaba sobre sus espaldas, y sus bellísimas facciones hubieran entusiasmado á todos de no atenuar su hermosura la vaguedad de su mirada é inspirar lástima la incoherencia de sus razones.

—Por seguirme ha perdido la razón—dijo Lagardère con amargura.—Pero os ruego que la saludéis, señores. Sin que yo se lo pidiera me ha dado aún bastante más que su razón; la vida de su padre.

—¿Qué hombre sois—murmuró emocionado M. de Riom—que atraéis hacia vos á todos haciéndolos sacrificarse gustosos por vos, y á quien todos seguiríamos al fin del mundo?

—¡Ya no soy nada! ¡Un pobre bajel desahogado, un mísero cuerpo sin alma; un corazón yerto!

—Todos aquí somos capaces de compartir vuestro dolor, caballero. ¿Es de los que puede aliviar una amistad sincera?

—¡Es de los que no acaban sino con la vida! ¡Mademoiselle de Nevers no existe; caballeros! ¡El príncipe de Gonzaga y Peyrolles me la han matado!

Brotaron lágrimas de sus ojos. Otra vez descubriéronse todas las cabezas, y más de una pupila se humedeció.

Como si hubiera comprendido, Mariquita extendió el brazo semidesnudo hacia el Sur y dijo:

—¡Allá! ¡Todos muertos, todos bajo las ruinas de la *Torre Maldita*!

Y lanzando un grito estridente, lívida y con los labios espumeantes, vaciló como si fuera á caer de la silla. Todo el regimiento que formaba círculo se estremeció; el Coronel exclamó:

—Os bastáis y sobráis vos sólo para vengaros, y la venganza os pertenece, caballero; pero acordaos de que todas nuestras espadas os per-

tenecen, y de que vuestro dolor es el dolor de todos nosotros.

Lagardère estrechó la mano que le tendía de Riom, diciéndole:

—¡Gracias! Hecha la justicia, mi misión habrá terminado, y confío en que mi vida también.

—No rescataría á la que lloráis, y no tenéis derecho á disponer de ella antes de tiempo.

Formóse el regimiento, y M. de Riom se puso á la cabeza entre Lagardère y Mariquita; pero apenas se pusieron en marcha vieron venir un grupo de jinetes que levantaban una nube de polvo.

—Aquí está monseñor de Berwick. Permitidme que me adelante á recibirle, caballero.

Picó espuelas, y Lagardère vió que muy en breve se reunía con los que llegaban y entablaba un coloquio que seguramente versaba sobre él. No tardaron en acercarse á Enrique. Era visible la emoción en el semblante del Duque, así como en los de su acompañamiento.

—Monsieur de Lagardère—dijo lentamente el Mariscal,—hay personas á quienes se estima y quiere tanto, que sus menores contrariedades, sus penas y sus dolores repercuten en nosotros haciéndonos padecer como á ellas. Venía yo lleno de júbilo celebrando vuestro regreso, y la noticia de vuestra desdicha me ha herido.

—Os agradezco infinito, señor Duque, esas palabras, que serían un bálsamo para mi herida si, desgraciadamente, no fuera de las que sólo se curan en el sepulcro.

Se estrecharon la mano, se miraron con los ojos húmedos por la emoción y se produjo largo silencio. Leíase casi tanta tristeza en el semblante del Capitán general como en el del caballero. Éste se dió cuenta de que no había ido allí para entristecer á todos con sus pesares, y dominándose con su peculiar entereza, preguntó:

—¿Adónde vamos, señores?

—Á apoderarnos de La Seo de Urgel. Pero no os autorizaré á acompañarnos sino con una condición.

—El haberse reducido tanto el efectivo del *Real-Lagardère* no es razón bastante para quitarle el primer lugar—respondió Enrique.—Éste es uno de nuestros compromisos, Monseñor, y espero que vuestra condición no sea demasiado dura.

—Me la impone mi conciencia—replicó Berwick.—Habéis de jurarme, caballero de Lagardère, que en el combate próximo no habéis de obstinaros en buscar la muerte.

Era lo que respondía á las más secretas aspiraciones del caballero. ¡La muerte! La deseaba ardientemente, y esperaba encontrarla frente al

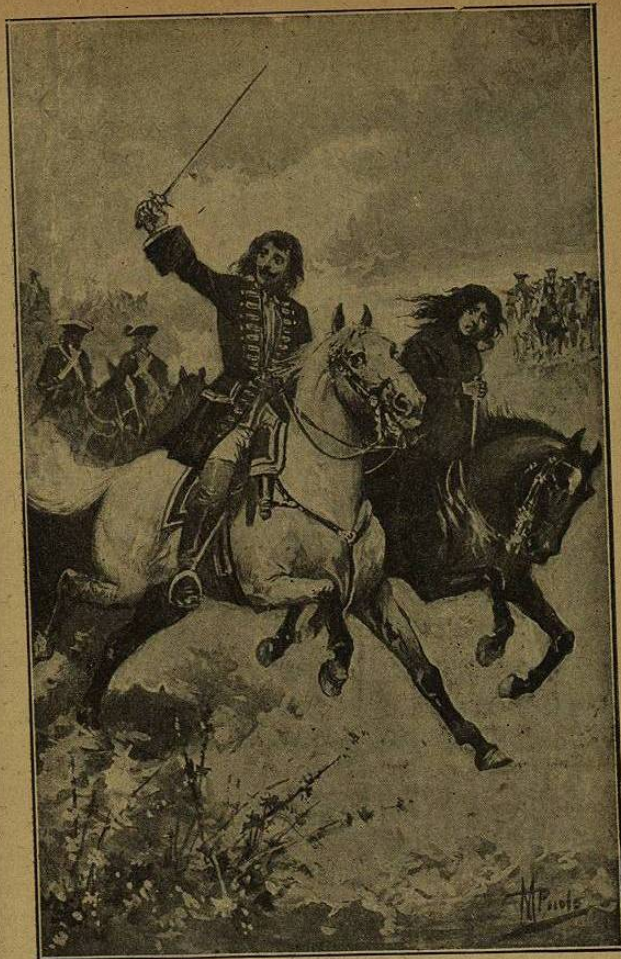
enemigo: su última estocada, en servicio de su Rey; su último pensamiento, para su amor destrozado; el último nombre que pronunciaran sus labios, el de Aurora de Nevers.

Reflexionó, sin embargo, que tenía algo que hacer antes de morir; que si quedaba con vida Gonzaga hallaría aún otra persona á quien torturar, á la madre de Aurora; y el noble rostro de la dama que tanto había padecido, que tanto sufría, pasó ante su vista. Pensó que le maldeciría si se dejaba matar sin haber vengado el doble crimen cometido contra la madre y contra la hija y después de breve meditación respondió:

—No soy árbitro de las circunstancias. Os prometo, señor Duque, no buscar la muerte. No buscaré sino al príncipe de Gonzaga, y Dios dispondrá.

—No os pido más. Confío en que el Todopoderoso nos eviará tener que llorar esta tarde.

Se acercaban á La Seo de Urgel, defendida por fuertes murallas y nutridas y aguerridas fuerzas. Además, una fuerte división de caballería aguardaba á los franceses á las orillas del Segre, en posición que creía casi inexpugnable. Los españoles, á pesar de sus recientes derrotas, estaban animados de bélico ardor, y muchos grupos se adelantaron arrogantemente, sin cuidarse de que se ponían al alcance de los cañones franceses.



Marchó á rienda suelta hacia la muerte. Tras él iba la loca.

Enrique de Lagardère se desojaba tratando de reconocer á un hombre, á uno sólo. La arrogancia de los españoles le hizo desenvainar la espada. El duque de Berwick le interrogó:

—¿Hay que atacarlos? Sólo aguardo vuestra opinión para decidir.

—La artillería, contra la plaza—repuso el caballero con tono decidido y como si fuera el general en jefe.—La caballería en masa, contra esa división que nos aguarda en la llanura. El *Real-Lagardère* va á atacar el centro... ¿dónde está el traidor!

Mostró el punto extendiendo el brazo armado de la espada, é irguiéndose sobre los estribos, exclamó:

—¡Adiós, señores! ¡No sé si volveréis á verme!

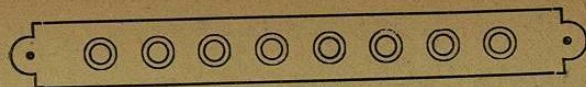
Su caballo saltó al sentir el acicate de la espuela, y pronto, adelantándose á todos, marchó á rienda suelta hacia la muerte. Tras él iba la loca, con los cabellos al viento y el brazo armado de un puñal, bella y feroz, nueva Gorgona, y aullando como los perros que presienten una muerte.

Y á la muerte iban los dos á galope tendido; la muerte era lo que iba á buscar Lagardère: la muerte de su enemigo, primero, la suya después; la lucha postrera; el fin de su felicidad, de su

gloria, de su justicia, de sus sufrimientos. ¡Era la cabalgada de la muerte!

Cuando vieron llegar á aquel hombre, cata-pulta alada, como una bala, con la espada centelleante; cuando vieron á aquella mujer despeinada que lanzaba terribles alaridos, visión fantástica, los que caracoleaban con insolencia regresaron apresuradamente á las filas: el primero Felipe de Mantua, que buscaba resguardar el suyo tras los cuerpos de sus compañeros de causa.

Al chocar el caballero con la línea enemiga la hendió con vigor; exhaláronse mezclados en torno suyo gritos y gemidos de terror, que contestaba la gitanita con sus lúgubres aullidos, y por entre los caballos encabritados, las espadas desnudas, las descargas de mosquetería, la sangre y el humo pasó el *Real-Lagardère* persiguiendo á un hombre solo, á un cobarde que huía lleno de pavor á través de las compactas filas, de los fosos, de los ríos, de los precipicios y de los bosques, en persecución encarnizada y tenaz, en horrible cabalgada: la cabalgada de la muerte.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

Los ladrones.

Si Chaverny no pudo encontrar á Lagardère, tardó mucho en hallar á los dos diestros, y los tres se pusieron á caminar *en conserva*.

Cocardasse se había contenido un poco en sus gasconadas, y hasta dudaba de la eficacia de una acción aislada. Por habérselas echado de estrategia hizo perder el tiempo á todos sin el menor provecho. De ello le pesaba; y por esa razón, y para eludir en adelante toda responsabilidad, no dudó un momento en ponerse á las órdenes del Marqués.

Una vez asegurados de que Lagardère no había regresado al campo, decidieron buscarle por toda Castilla.

—¡Mal pecado!—exclamó el tolosano.—¡Ha hecho muy mal el pichón en abandonarnos así.